

La política de la memoria y el PT

Construir la verdadera historia de la Transición, no escrita o falseada en muchos de sus aspectos, es, sin duda, necesario. Y uno de los más importantes déficits es la atención al papel desempeñado por las organizaciones políticas de la entonces llamada “izquierda revolucionaria”, que desaparecieron casi en su totalidad tras aquel periodo.

La más influyente de ellas en Andalucía fue el Partido del Trabajo (PT), que llegó a ser mayoritario en varias comarcas, especialmente en pueblos jornaleros –en los que contribuyó a la fundación del SOC-, en ciertos núcleos obreros y entre los estudiantes de no pocas facultades universitarias. De aquí que en las primeras elecciones municipales democráticas, en 1979, consiguiera casi doscientos concejales, un diputado provincial y una veintena de alcaldías en lugares tan significativos como Motril, Puerto Real, Estepona, Baena, Posadas y Lebrija, entre otros.

Aquel partido tuvo sus luces y también sus sombras. Quienes estuvimos en él pensamos que predominaron las primeras sobre las segundas, sobre todo por la capacidad de sacrificio de la mayoría de los militantes, que se exponían a ser detenidos en alguna de las frecuentes “caídas” y a perder sus trabajos o no concluir sus estudios, todo ello para hacer posible el sueño de una sociedad más justa e igualitaria. Incluso, algunos dejaron la vida en el empeño, como el joven Javier Verdejo, asesinado en Almería cuando escribía en una pared “Pan, Trabajo y Libertad”.

El objetivo inmediato era, sin duda, conseguir el fin del franquismo y de ahí que su estrategia pasara por la construcción de frentes, no sólo políticos sino también sociales, que forzaran la instauración de la democracia política. Además, el papel del PTA (la federación andaluza del PTE) fue muy importante en las movilizaciones del 4 de diciembre de 1977 y en torno al referéndum del 28 de febrero de 1980, imbricando la autonomía con la reforma agraria y otras reivindicaciones sociales. Incluso, fue la primera organización que definió a Andalucía como nacionalidad.

Entre las sombras, quizá las dos mayores fueran el autoritarismo, a veces casi estalinista, del *aparato* –que, sobre todo a partir de la legalización, fue un obstáculo formidable para la democracia interna-, y la tendencia a confundir los deseos con la realidad de quienes, primero, tuvieron que vivir en la clandestinidad y, luego, conformaron el núcleo de “liberados”.

No es posible hacer aquí siquiera una síntesis de las causas de la desaparición del partido. Baste decir que no fue un final pacífico ni la lealtad en la confrontación de ideas fue el valor prominente. Y ahora, más de veinticinco años después, ha surgido la iniciativa de recordar, homenajear o celebrar a aquel partido con una exposición y una cena en Sevilla. Pienso que si hubiera un interés real por construir su historia habría sido más adecuado organizar unas Jornadas de encuentro y debate en lugar de una cena, que evoca irremediabilmente las nostálgicas reuniones de antiguos alumnos o de compañeros de “mili”.

No creo que sea buscarle tres pies al gato considerar que, independientemente de las intenciones de los promotores, existen dos riesgos importantes en esta forma de *revival*. El primero, es que algunos de quienes militaron en el PT y ahora están instalados en puestos políticos o sociales con lógicas muy distintas a la de entonces pretendan legitimar todo su currículum mediante la activación selectiva de una memoria con la que demostrar su limpieza de sangre *progre*. El segundo, es que se utilice la memoria sentimental de los antiguos militantes para que el poder político establecido intente hacerse una especie de transfusión, meramente virtual, de ideología radical cara a un sector del electorado.

Incluso si los anteriores riesgos no existieran, me temo que el encuentro de comensales podría respaldar el cínico dicho reaccionario de que “quien no ha sido revolucionario a los veinte años es que nunca fue joven y quien lo sigue siendo a los cuarenta es que no ha llegado a ser maduro”. Por eso algunos, aunque hayamos pasado ya de los sesenta, como seguimos en la disidencia frente al sistema –que es hoy más cruel, por más desigualitario, y más alienante, por más embaucador, que hace tres décadas- y creemos que continúa habiendo causas en las que es necesario estar implicados, vamos a cenar esa noche en casa. Porque es preciso asumir el pasado pero sin quedar prisioneros de este ni pretender que justifique el presente. En cualquier caso, habría que pedir que la activación de la memoria y de los sentimientos no se use para intereses personales o en beneficio partidista. Si se evita esto, sólo tengo que desear buen provecho a los que van a autohomenajearse.

ISIDORO MORENO
Catedrático de Antropología
Universidad de Sevilla